

DIALECTICA DEL PENSAMIENTO POLITICO-RELIGIOSO DE NUÑEZ

ALBERTO GUTIERREZ, S. J.*

INTRODUCCION

La conmemoración centenaria de la Carta Constitucional de Colombia de 1886 y del pacto concordatario de 1887 exige a los participantes del presente Congreso el acercarse a los diversos aspectos del pensamiento del presidente Rafael Núñez con el fin de encontrar, a través de él, lo que definitivamente fue el motor de sus actuaciones cuyo influjo fue, en muchos aspectos, definitivo en nuestra Nación. Quiero dejar sentada, de antemano, la convicción que me asiste como historiador de que, ante la personalidad del gran cartagenero, es difícil lograr el equilibrio, tanto se ha escrito a favor y en contra de su dialéctica política, hasta el punto de que no es raro que el investigador se encuentre perdido, o por lo menos perplejo, ante lo imprevisto o lo contradictorio, lo genial o lo demasiado humano de su obra regeneradora. La personalidad de Rafael Núñez sintetiza una época de tremendas contradicciones ideológicas y políticas superándola en aspectos fundamentales de la vida nacional y encarna una manera de ser y de pensar que lo constituyen en antítesis de esa misma época.

Es Núñez un hombre práctico y un estadista, pero, al mismo tiempo, es un romántico de la política, un poeta lírico soñador y utópico; es un sofista y, al mismo tiempo, un lógico de estirpe aristotélica: por sofista sufre crisis de escepticismo profundo, por peripatético se yergue contra su propia frustración y construye, con base en las realidades concretas de su Patria, un código de verdaderas que lo apasionan hasta convertirlo en un combatiente furioso, más peligroso cuando vencido que cuando vencedor.

Núñez es el poeta del "Que sais-je":

*No sé lo que deseo, lo que busco,
A veces con la luz misma me ofusco,
A veces en tinieblas veo mejor,
A veces el reposo me fatiga,
Cuando me muevo, a veces se mitiga
De mi sangre el hervor.*

* Decano Académico Facultad de Ciencias Sociales, Pontificia Universidad Javeriana.

*¡Oh confusión! ¡Oh caos! Quien pudiera
Del sol de la verdad la lumbre austera
¡Y pura en este limbo hacer brillar!
De lo cierto y lo incierto quién un día
Y del bien y del mal, conseguirla
¡Los límites fijar! (1)*

Pero Núñez también es el poeta del "Sursum":

*"En la vida del alma
Talvez hay estaciones progresivas,
Ojos cuya videncia se prolonga
Con la meditación que es su aliento
Si se empapa en la luz del sentimiento.*

*Ello es que el bien eterno
No presentimos en edad temprana
Por propia inspiración, sino aceptando
De nuestra amada madre la fe pura
Que esa aurora esplendente nos augura". (2)*

RAFAEL NUÑEZ, ANTITESIS DE SU EPOCA

Indalecio Liévano Aguirre, en su biografía de Núñez, sintetiza la vida y obra del estadista en estas palabras, tomadas de su obra: "Hemos sido, como somos y seremos, convencidos, ardorosos liberales, y en este concepto hemos simpatizado con todos los oprimidos y perseguidos" (3).

El biógrafo tiene razón y estoy de acuerdo con él en el sentido de que Núñez fue la síntesis de su época, contradictoria y apasionada. Pero creemos que su grandeza lo llevó, por azares dialécticos, a ser también su antítesis: en esto demostró su genialidad y obligó a seguidores y adversarios a reconocer, en su obra, la máxima realización de un revolucionario: una obra como la "Regeneración" puede ser calificada de traición o de culmen de los anhelos de un pueblo, de decantamiento de las ideas liberales o de conservatización de la política, de confusionismo ideológico o de cristalización de los valores ancestrales de la nacionalidad: todo eso puede ser. Todo, menos una obra mediocre o sin sentido. Cuando la personalidad de Núñez es maltratada por los que lo juzgan traidor o exaltada hasta la apoteosis por los que lo veneran como redentor, no se está haciendo justicia al hombre y se está creando el mito. Núñez fue toda su vida el pensador de "Lo inescrutabile".

*"El hombre ¡El hombre! Inagotable tema
Del mismo ser que esa palabra indica;
Del misterioso general sistema,
Que se llama creación y nadie explica,
Atomo pasajero,
Tan exiguo en su forma, y tan osado*

*En sus aspiraciones, cual si oriundo
Fuera de un centro por el bien colmado,
Y no de las angustias de este mundo.
¡Ah! yo también en perennal insomnio,
Desde que la razón con su tridente,
Líneas profundas esculpió en mi frente,
En el me ocupo, sin saber yo mismo
¡Si esperándome está cumbre o abismo!" (4)*

Un hombre que fluctúa entre la cumbre y el abismo, no puede ser fácilmente comprendido, ni por los que creen estar siempre en el Olimpo ni por los que, aplastados, se esconden por temor de los rayos de sus adversarios: ni radicales ni conservadores podían estar seguros de Núñez y menos inmovilizarlo en sus toldas hegemónicas. Políticamente no podía ser un reptil quien se sentía con vocación de águila caudal:

*"El reptil insepulto
Que tuvo por mansión inmundo lodo,
Al águila caudal presta sustento,
Y se incorpora en ella, en sangre nueva
Y a las regiones de la luz se eleva". (5)*

Los seres que vuelan muy alto, molestan por igual a quienes se arrastran por la tierra y a quienes sienten envidia por no poder volar: es el caso de las masas partidistas de los Estados Unidos de Colombia frente al movimiento impetuoso de Núñez quien no solo por su mérito, sino por su destino, se atrevió a ser pensador frente a la "infalible" Constitución de Rionegro, a ser estadista frente a la camarilla radical y frente a la conservadora y, lo más grave, a ser poeta en crisis en un momento en que, como dice el propio Núñez, "vivimos en plena patología constitucional". (6)

El Regenerador fue, digámoslo claramente, un incomprendido y lo peor, tenía rasgos que lo hacían incomprensible en un momento en que, según el propio Núñez, "para el conductor político todo es indeterminado y contradictorio (pues) a cada momento se le presenta un nuevo problema que pide solución con más o menos urgencia" (7). Fue un liberal toda la vida, así se le acuse de haber virado hacia el conservatismo, pero su liberalismo no era el radical, ingenuo rezago jacobino enquistado en América, sino el liberalismo nuevo y abierto a lo Montalembert. Así define su posición:

"La índole del liberalismo no se presta a moldes ni a estereotipia. El busca el bien general por medios justos; pero para ello puede vestir la clámide y calzar el coturno si las exigencias de su misión así lo determinan. Todo lo que se diga en contrario es pura hojarasca, en que no creen con frecuencia los mismos que lo dicen, haciendo esfuerzos para guardar alguna engañadora seriedad, como los antiguos augures cuando no se encontraban a solas. La índole del liberalismo ilustrado y sano piensa en lo íntimo lo mismo que nosotros" (8).

Considerado desapasionadamente el viraje de Núñez, no fue del liberalismo al conservatismo, sino del sistema de las libertales indefinidas con sus secuelas lógicas, al régimen de la "paz científica". La dirección tomada, en el momento supremo, no fue inconsciente, sino fruto de profunda meditación y de amplísimo intercambio de ideas:

“Hoy nos encontramos en un período histórico que reclama el atento estudio del filósofo, la calmada firmeza del estadista y la fría reflexión de los grupos que, con más o menos adecuados nombres, se llaman partidos militantes. Si mal no comprendemos y apreciamos la situación, es la verdad que estamos saliendo de la época de la imaginación para entrar en la del criterio; y de la época de los combates para pasar a la de la paz científica (9).

La famosa “paz científica” en Colombia era, por entonces, una utopía ya que ni el benemérito General Julián Trujillo podía gobernar con el partido liberal que lo había elegido, por causa de las ambiciones burocráticas de los diversos grupos.

Podría citar a Martínez Silva, a este propósito (10) pero, por pertenecer el citado autor a la oposición conservadora, prefiero las palabras del propio Núñez:

“¿Qué hay en el alma de los oligarcas de hoy, sino ruines y estériles pasiones? Sus esfuerzos son de resultados negativos, por lo menos. Semejantes a la carcoma, todo cae en ruina donde quiera que su influencia deletérea se hace sentir. El General Trujillo no ha podido aún hacer un palacio de lo que dejaron convertido en establo, y ahora están empeñados en hacer del primer cuerpo de la nación la piedra de escándalo de la república.

“Quos vult perdere Jupiter prius dementat” (11).

Para esa época (1878), Núñez postula, como necesidad vital, una profunda evolución de su partido:

“Pero la evolución es problema de vida o muerte para nuestro partido; para el gran partido liberal entero cuya recomposición es el real objeto a que se encaminan, o deben encaminarse, todos los desvelos de la fracción a que en este trance de nuestra existencia política (por espíritu de prudencia y previsión, que no por odio a ninguno de nuestros viejos conmlitones), nosotros nos encontramos afiliados. La misma ensañada discordia en que vive, de algunos años a esta parte, ese gran partido, justifica, con razones de relieve, la urgencia de la recomposición” (12).

La unión del partido liberal era, para Núñez, una necesidad política y un imperativo patriótico ya que era la condición indispensable para poder enfrentar los gravísimos problemas del País al borde de la catástrofe.

En ese contexto, resulta impresionante el discurso que, como Presidente del Senado, pronunció Núñez en el acto de posesión del liberal Julián Trujillo:

“El país se promete de vos, señor, una política diferente; porque hemos llegado a un punto en que estamos confrontando este preciso dilema: REGENERACION ADMINISTRATIVA FUNDAMENTAL, O CATASTROFE” (13).

En 1878, Núñez no es totalmente pesimista acerca de la situación del país: “La catástrofe puede aún evitarse, solo con que de buena fe trabajemos en reemplazar definitivamente el Gobierno de los treinta tiranos con el de la República práctica. La nueva lucha de sucesión se acerca. ¿Qué surgirá de ella? El estado actual de los partidos y de los ánimos permite a un tiempo todo esperarlo y todo temerlo” (14). Al tratar de

concretar Núñez el imperativo básico de la Regeneración que es la unión del liberalismo, pone, como ejemplo, la unidad que surge dentro de la Iglesia Católica por tener un pensamiento definido y unificador:

"Para la reconciliación tan perfecta como es posible de las fracciones del partido liberal, es indispensable, además de lo dicho, que volvamos a pensar en los principios, dando al olvido pequeñas ambiciones personales, relativamente siquiera, ¿cómo continuar unidos sin un credo común? ¿Por qué la congregación católica vive en concierto y aún prospera a través de los siglos y de tantas vicisitudes? Porque tiene un credo" (15).

La admiración del Regenerador no se debe, claro está a motivos religioso-teológicos. Es más bien la conclusión de un erudito de la historia que ha descubierto que:

*"Del ídolo sangriento al sol del Persa
¡Cuánto no cambia la índole perversa
De la primera teologal visión!
Pero es no más que etapa el Sabelismo
Porque brilla después el Cristianismo,
Y el grande grito estalla: ¡Redención! (16)*

A este propósito, cabría preguntarse hasta donde fue católico Núñez. No cremos que sea fácil definirlo y menos dentro de los límites de este trabajo. Ciertamente nació en un medio religioso y nunca vivió positivamente alejado de la Iglesia, pero la vida lo colocó frecuentemente en contra de una institución a la que había aprendido a considerar como enemiga del progreso de las libertades; debió recorrer un largo itinerario para llegar a comprender que la religión no es necesariamente opuesta a la ciencia y que lo humano de la Iglesia es apenas la manifestación de la Providencia divina sobre los hombres. Llama la atención el valor que Núñez atribuyó a la intervención de Dios en la historia y las consecuencias que sacó en orden a la formulación de la nueva sociedad, soslayando, de paso, el peligro de caer en el agustinismo político.

Es importante anotar lo que el Regenerador dice a este propósito:

"El hombre tiene, como los planetas, dos movimientos providenciales: uno alrededor de un centro común, y otro alrededor de sí mismo. Su libertad de derecho divino, por decirlo así, es, de consiguiente parcial; y si se trata de ejercitarla de un modo egoísta, pronto le espera el desastre, como sucedería a Marte y a Saturno si pudieran pretender no seguir girando en torno del Sol, sino sólo alrededor de sus propios ejes. El centro común de que hablamos, respecto del hombre, es el interés social colectivo. De ese centro también le viene una especie de luz sideral, que es reflejada en el conjunto de seres sociales y la sabiduría del Supremo Hacedor y Regulador del Universo, para que por ese conjunto sea transmitida a cada individualidad" (7).

Este pensamiento profundo y de grandes consecuencias teóricas y prácticas va fijando el derrotero espiritual de Núñez, derrotero que, tarde o temprano, tenía que influir en su vida pública.

Que no se trate de mera postura política para atraer a los "clericales", nos lo confirma en muchos apartes de su producción lírica en la que, como poeta, palpita con su mundo, sin que quiera prostituirlo con bajas intenciones.

Analícese este aparte de su poesía "Lo invisible":

*"¡Oh sí! mundo invisible yo te siento:
Ropaje es tuyo el alto firmamento,
La montaña y el céfiro y la flor,
Y del mar las terribles armonías,
Y del abe las dulces melodías
Y también las espinas del dolor.*

*Así hay vidas que sólo en el poniente
Logran sentir en la tranquila mente
De lo infinito la visión veraz.
La fe surge después de ese idealismo
Y en sus alas se cruza horrendo abismo,
Que el alma deja para siempre atrás" (18).*

Cuántas excomuniones laicas caerían sobre el poeta de "Lo invisible" no nos imaginamos, pero sí advertimos que Rafael Núñez, liberal por convicción y por ejercicio, fue un peregrino en busca de la verdad y de la paz. No habiéndolas encontrado en su ajeteo de Magistrado, buscó angustiosamente la Verdad y la Paz (con mayúscula) y las encontró en Dios: cuando se dedicó a leer la Biblia, encontró a Cristo y a la Iglesia y, entonces, quien fuera la mano derecha de Mosquera, empezó a escribir con otro ritmo.

El rompimiento de Núñez con las convulsiones de su época se debió a cuestiones de ritmo vital e ideológico: empezó a vivir otro mundo, el del "Genio del Cristianismo" de Chateaubriand. Cuando todos se miraban atónitos por el vuelco del político, se encontraron con el estadista que pensaba que el dilema "Regeneración o catástrofe" necesitaba planteamientos distintos, corrección de errores y búsqueda de los elementos esenciales del orden social. La lucha comenzó cruenta y fue un nuevo capítulo del genocidio fratricida de nuestro Siglo XIX. Terminó el día en que Núñez con voz seguramente desafiante, proclamó, a la faz de la República: "La Constitución de Rionegro ha dejado de existir".

RAZONES DE LA EVOLUCION IDEOLOGICA DE NUÑEZ EN MATERIA RELIGIOSA

No es labor del historiador el llegar a dilucidar los profundos "por qué" del corazón humano: sabemos que existe en el siquismo racional un poderoso influjo inconsciente que determina muchas de las acciones conscientes del hombre. Nos queda a nosotros analizar los datos y juzgarlos.

Según eso, creemos poder afirmar que Núñez no buscaba plastificar una "conversión" ya que, lo que en muchos hombres se ha debido a una situación crítica de un momento, citamos a Pablo de Tarso, a Agustín de Hipona y a Paul Claudel, entre otros, ha sido un

proceso de años para la mayoría y este es el caso de Ignacio de Loyola, de Bolívar y del propio Rafael Núñez. Para el Regenerador:

*"El corazón del hombre es un arcano
Inescrutable, imagen de Oceano,
Laberinto sin lmites ni fin.*

*Ayer gozó y hoy sufre; ayer lloraba,
Y donde el yermo del dolor miraba,
Hoy encuentra un jardín" ("Que sais-jel") (19).*

Una "conversión" en Núñez, no se advierte, sino en el paulatino deambular a través del laberinto del pensador, del estadista y del poeta.

Tampoco miró Núñez a la Iglesia para encontrar en ella la "mano bondadosa" que legitimara sus amores con Doña Soledad Román. Es prueba precisamente de la grandeza del alma del Regenerador frente a los ideales el haber propiciado la redacción de la Constitución del 86 y del Concordato a sabiendas de que su situación no encajaba en las normas que se dictaban para los colombianos y de que la Iglesia Católica solamente podía rendir al gran amor del Presidente el homenaje de ser llevado a la mesa del banquete por el Arzobispo Telésforo Paúl.

Tampoco miró Núñez a la Iglesia por un interés político con miras eleccionarias, ya que, con ese procedimiento, solamente se acarrea la ruptura de vestidos por partes del Cenáculo del Olimpo radical y los celos de los conservadores que estaban dispuestos a denunciar, a cada momento, las maquinaciones clericales como una usurpación de los pretendidos derechos del integrista político que tenía sentados sus reales en los reducidos de ambos partidos históricos.

Creemos, más bien, que Núñez miró a la Iglesia, a la maltrecha Iglesia colombiana, a la que él mismo había contribuido a despojar de su "poderío económico", por necesidades teológicas, por imperativos históricos y por razones de alta política. Tratemos de aclarar estos tres puntos.

NUÑEZ MIRA A LA IGLESIA POR NECESIDADES TEOLÓGICAS

El filósofo del Cabrero no era, ni mucho menos, un teólogo de profesión, pero sí un alma profundamente sensible a las realidades trascendentes de la religión de Jesucristo. Ya hemos citado su afición temprana por la obra del gran polemista católico R. de Chateaubriand (20); merece citarse también su profundo conocimiento de las obras del Cardenal Newman, el genial convertido inglés tan ligado al movimiento de restauración católica de Oxford. Núñez debió conocer, durante su estada en Inglaterra, la profunda huella dejada por el movimiento orientado precisamente por Newman. La nota necrológica del convertido Cardenal es una de las páginas maestras de Núñez y dice muy a las claras hasta dónde habían calado las ideas en el alma sedienta de nuestro gran pensador (21).

Pero lo más admirable de Núñez es que un alma forjada en las luchas ideológicas del Siglo XIX, sin un auténtico contacto vital con la Iglesia, haya tenido una tan clara visión del cristianismo que le permite decir:

*"El criterio no siempre hasta allí alcanza,
Pero sí la impulsión de la esperanza
Que al mundo, Cristo prometió al morir.*

*También la sangre en aquel trance humea,
Y de lo eterno la segunda idea
Lo invisible permite traslucir". ("Lo invisible") (22)*

Es un hecho que Núñez, poco a poco, descubre, en el cristianismo, dos grandes realidades que son los polos de su original mensaje: la persona de Jesús y su doctrina; y tiene la profundidad de visión para no separarlos como han hecho muchos pensadores en la historia, con el pésimo resultado de aceptar, del cristianismo, su doctrina moral sin el efecto salvador del acto redentor, es decir, un cristianismo sin Cristo.

A este propósito, anota Núñez:

"Ya antes la promesa de redención por la caridad, salida, entre dolores crueles, de los labios de Jesús, había salvado el mundo de la desorganización a que era conducido por la decadencia natural del paganismo" (23).

Una persona que piensa así, que no se escandaliza de la sangre derramada por Jesús, no puede menos de inclinarse ante quien destruyó todo tipo de esclavitud, constituyéndose en mensajero de justicia para todos los hombres.

"El cristianismo se hizo al cabo sentir, al través de intereses y preocupaciones, y hoy la esclavitud puede considerarse enteramente borrada del catálogo de las instituciones legítimas. Se ha avanzado, pues moralmente" (24).

Núñez es consecuente, y esto es meritorio cuando se trataba de fundamentar la concordia nacional, al definir su movimiento regenerador como fe y no como cálculo:

"Muy oportuno, casi providencial, ha sido ciertamente ese recuerdo. Los que creen que se sirve a la Regeneración con la intriga, con la codicia, con el odio, con la calumnia, con sepulcros blanqueados. La regeneración es, ante todo, la abnegación, la lealtad, la verdad, la decencia, la caridad cristiana, en una palabra (. . .) La regeneración no es cálculo, sino fe" (25).

Esta sola frase, tomada de uno de los artículos básicos de "La Reforma Política" ("La Revolución Moral", abril 3 de 1887), bastaría para probar que la obra de Núñez y su concepción del cristianismo y de su forma concreta, la Iglesia Católica, son fruto de una maduración teológica en un hombre que, liberal y todo, pensaba más allá que la mayoría de sus contemporáneos. Quedan infinidad de textos paralelos, algunos más enfáticos todavía.

NUÑEZ MIRO A LA IGLESIA POR IMPERATIVOS HISTORICOS

El movimiento regenerador se gestó en la mente genial de Núñez, pero corrió siempre el peligro de chocar contra las directrices de los más connotados líderes del Partido Liberal y, en general, de quienes dominaban políticamente al País.

En concreto: la época del General Mosquera había generado una corriente de pensamiento y acción que, bien intencionada con frecuencia, había desencadenado la fiera incontrollable de nuestras costumbres políticas: el sectarismo con su consecuencia lógica, el gamonalismo.

La Constitución de Rionegro sancionó el federalismo llevado hasta sus últimas consecuencias, el debilitamiento hasta el máximo posible del Poder Ejecutivo y las medidas tomadas por los gobiernos anteriores contra la Iglesia.

No nos referimos, en detalle, a las opiniones de Núñez sobre los males engendrados por el federalismo y por el desmedido debilitamiento del Ejecutivo, basten estas dos citas, la una del importante artículo sobre "El sentido íntimo de la Constitución" y la otra del no menos importante sobre "La Dictadura inevitable".

Refiriéndose a los males del sistema federal neogranadino, dice Núñez:

"Después de sancionada la Constitución de Rionegro, el centro de gravedad de nuestro movimiento político quedó teóricamente en los Estados. La guerra civil que le dio nacimiento tuvo esa bandera por parte de los que quedaron dueños de la situación. Los convencionalistas fueron, pues, lógicos al reconocer la soberanía de los Estados y organizar el Gobierno Nacional como simple delegación de los mismos. Después de la fecha de la Constitución, el País no ha gozado de paz sino temporalmente. Una constitución que no asegura la paz, no llena el principal de sus fines naturales (26).

El resquebrajamiento de la paz es la principal razón aducida por Núñez, pero no la única: en otros sitios habla del trastorno económico en un Estado compuesto por múltiples estados con sistemas fiscales y aduaneros propios, habla también del boquete abierto en la unidad nacional debido "a la arbitrariedad y a intereses casuísticos de partido"; etc. Todo confluye en una sola idea: el desorden engendra violencia y "la violencia engendra la violencia" (27).

El artículo "Salus Populi suprema Lex o la dictadura inevitable" demuestra hasta donde llegó a abominar Núñez el sistema del presidente maniatado en virtud de la Constitución de Rionegro; ya el mismo título lo dice todo. Bástenos, para ilustrar lo dicho, citar un breve aparte:

"La Constitución era, en suma, la anarquía organizada, como dijo un Ministro norteamericano. ¿Cómo sostenerla y defenderla, si llevaba en su seno, a la manera de los volcanes, su propia ruina, al par que todo a cuanto se extendía su funesto radio de acción? Ni ella fue jamás cumplida realmente. Lo solo que en justicia podía pedirse era que la dictadura y la necesaria arbitrariedad de los agentes del gobierno cesaran con la guerra" (28).

Varios autores han destacado el paralelismo manifiesto, aquí y en otros lugares, entre Simón Bolívar y Núñez en cuanto a sus sentimientos acerca de la necesidad de la centralización política y del fortalecimiento del Ejecutivo. Estamos de acuerdo, en principio, con tal de que ello no conlleve la afirmación estereotipada del "conservadurismo" del Regenerador. De todas maneras en el caso de este, se trató de una opción fundamental

política que lo llevó a postular principios básicos de centralismo político y de descentralización administrativa propios de la Constitución del 86 y a buscar el aglutinamiento, de grado forzoso, de todos los elementos capaces de regenerar a la República.

Desde el principio, Núñez se planteó la necesidad de atraer a la Iglesia, no solo para contar "con el apoyo del clero, que dígase lo que se diga, no es de depreciarse como palanca de opinión en un país de creyentes, o sectarios católicos" (29), sino porque, en tan graves circunstancias y vista la experiencia pasada, era necesario educar moralmente a un pueblo a quien no bastaban las penas impuestas a los infractores de la ley. Vale la pena aducir las razones que destaca Núñez.

"Bentham ha dicho: "el clero es la vanguardia de la ley", escogemos de intento para una cita de esta clase a uno de los más vigorosos y convencidos defensores del utilitarismo. Cuando él habla así del clero, se refería evidentemente a la sanción moral. Hay un algo que llamamos pudor, pundonor, delicadeza, vergüenza, comedimiento, etc., producto, en parte, del instinto social humano, y producto también, acaso principalmente, de la múltiple influencia de la educación" (30).

Educación moral como antesala de la paz, es el argumento dominante del movimiento regenerador; educación moral como consecuencia de la liberación y respeto del sentimiento religioso del pueblo católico de Colombia, es la lógica conclusión que queda plasmada en la Constitución:

"La Nueva Constitución de Colombia declara que la religión católica es la religión de los colombianos: como si dijera que el sol alumbra y que el calor calienta; y contra esta declaración, ¿se protesta? Lo conducente sería demostrar que no es cierto que la religión católica es la religión de los colombianos" (31).

Se puede discutir hasta dónde es válido el argumento en 1986 y hasta dónde ha dado pábulo a una nueva clericalización del pueblo colombiano. Pero, para 1886, los argumentos sonaron como clarín de victoria frente a la chocante situación vigente, según Núñez, en Colombia, en donde "la injuria contra Dios y contra el honor de los ciudadanos era hecho inocente, entre tanto que se erigió en crimen la censura pacífica contenida en un sermón o en una proclama episcopal" (32).

NUÑEZ MIRO A LA IGLESIA POR RAZONES DE ALTA POLITICA

Ante todo una advertencia: en este punto debemos evitar el anacronismo de juzgar a las personas de 1886 con criterios de Siglo XX ó XXI: en todo el mundo se juzgaba por ese entonces que el ideal de las relaciones Iglesia-Estado se basaba en la fórmula de Cavour: "Una Iglesia libre en un Estado libre". Es evidente que la exégesis de la fórmula era muy diversa, según la religión dominante en cada país y el sistema de gobierno imperante. Pero sustancialmente el Estado liberal reconoció que, ante la amenaza del socialismo y ante las angustiosas perspectivas, era necesario un arreglo con la Iglesia. Núñez, estadista que sabe compulsar sus ideas con la praxis aceptada internacionalmente, enuncia así sus principios:

"De lo expuesto deducirá rectamente el colaborador de la Reforma, cuáles son nuestras opiniones reales en materia de potestades supremas. Al César lo que es

del César y a Dios lo que es de Dios. O, si se quiere, la Iglesia libre en el Estado libre. Ni perseguidos, ni perseguidores; ni mártires, ni verdugos. In justitia libertas" (33).

La alta política de los Estados requería, en la hora en que Núñez escribía, "la emancipación de la Iglesia" como medio para lograr "la emancipación de las conciencias". Lo contrario era, para los regeneradores, absolutamente anacrónico ya que "en la hora que marca el cuadrante de la humanidad, el desarrollo y la fortificación del sentimiento religioso vuelve a ser el arca de la civilización" (34).

Es un hecho innegable al que Núñez le dio su reconocimiento que, con el advenimiento de León XIII al sumo pontificado, el prestigio del Papado se hizo mayor en todo el mundo, no solo por el valor personal del nuevo Papa, sino por la esperanza suscitada en un cambio de política rígida y condenatoria propia de los últimos años del pontificado de Pío IX. A este propósito dice Núñez:

"La república espiritual, con su aureola de esperanza infinitas, debe venir al socorro de la república laica; y en verdad que el cambio de fisonomía que ha venido tomando el Papado, como para adaptarse a las nuevas circunstancias y exigencias, parece predisponerlo favorablemente a llenar la misión reclamada por la concatenación de los acontecimientos" (35).

Con esa "República espiritual" y con ese papado que manifiesta un "cambio de fisonomía", se presenta Núñez a negociar un Concordato que saldara las antiguas dificultades entre las dos potestades supremas y corrigiera, en lo posible, los abusos cometidos por el Estado y, también, por el clero de la Iglesia.

El Concordato de 1887, dígame lo que se diga, sanó muchas heridas y, además de asegurarse el mutuo respeto, que no existía, cumplió con los viejos anhelos expresados por los Padres de la Patria en los albores mismos de la República.

CONCLUSIONES

A manera de síntesis conclusiva, permítaseme anotar lo siguiente:

1. Si se considera toda la obra literaria de Rafael Núñez, la periodística, la filosófica y la poética, se encuentra que contiene un pensamiento vivo en el que se puede advertir su dialéctica y las razones profundas de su evolución.
2. El pensamiento del Regenerador es una respuesta, difícil sin duda, pero honesta a una situación de desunión y desorden general de la Nación atribuible al excesivo federalismo de la Constitución de 1863 y a la hegemonía exclusivista del Radicalismo liberal.
3. Cuando Núñez, después de su paso por el Radicalismo y de su viaje a Europa, empezó a fundamentar el cambio político de la Nación en un llamamiento a la unidad, buscó el acercamiento teórico y práctico a la Iglesia que representaba en el país un indiscutible elemento de orden social y de paz.

4. El acercamiento a la Iglesia determinó cambios en el pensamiento y actuaciones del Regenerador. Objetivo de esta ponencia ha sido precisamente analizar este aspecto. Creo, y con esto termino, que es posible poder acercarnos a las razones profundas de por qué Rafael Núñez miró hacia la Iglesia.

NOTAS

1. Rafael Núñez, *Poesías*. Biblioteca Colombiana XIII. Bogotá. Publ. Instituto Caro y Cuervo, 1977, pág. 10.
2. *Ibid*, pp. 128-129.
3. I. Liévano A. *Rafael Núñez*. Biblioteca Básica de Cultura Colombiana, (s. l. y s. f.), p. 450.
4. Rafael Núñez, *Poesías*, p. 21.
5. *Ibid*, p. 128.
6. Rafael Núñez, *La Reforma Política*, v. I (2), Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Bogotá, 1945, p. 264.
7. Rafael Núñez, *La Reforma Política*, Imprenta de la Luz, 1886, p. 915.
8. Rafael Núñez, *La Reforma Política*, vl. Bogotá, Biblioteca de Cultura Colombiana, 1945, p. 49.
9. *Ibid*, p. 20.
10. Cfr. *Revista Política*, en *El Repertorio Colombiano*, I (1878), pp. 72-79. El autor de las crónicas políticas es el conservador Carlos Martínez Silva.
11. Rafael Núñez, *op. cit.*, II, pp. 61-62.
12. *Ibid*, II, pp. 27-28.
13. Citado por R. Merchán, Prólogo del Editor, en *La Reforma Política*, (s. l. y s. f.), p. XX.
14. Rafael Núñez, *op. cit.*, ed. Imprenta de la Luz, 1886, p. 829.
15. Rafael Núñez, *La Reforma Política*, II, p. 29.
16. Rafael Núñez, *Poesías* ("Lo invisible"), p. 60.
17. Rafael Núñez, *La Reforma Política* I. p. 247.

18. Rafael Núñez, *Poesías*, ("Lo invisible"), p. 63-64.
19. *Ibid*, p. 6.
20. Cfr. artículo "El Renacimiento y la libertad religiosa", en *op. cit.*, II, p. 176.
21. Cfr. artículo "El finado Cardenal Newman", *Ibid*, III, pp. 315-324.
22. Rafael Núñez, *Poesías*, p. 62.
23. Núñez, *La Reforma política* II, p. 121.
24. *Ibid*, I, p. 224.
25. *Ibid*, II, p. 360.
26. Rafael Núñez, *La Reforma Política*, (s.l. y s.f.), p. 31.
27. Rafael Núñez, *op. cit.*, II, p. 91.
28. *Ibid*, II, p. 198.
29. *Ibid*, II, p. 39.
30. *Ibid*, I, p. 81.
31. *Ibid*, II, p. 307.
32. *Ibid*, I, p. 106.
33. *Ibid*, I, p. 120.
34. *Ibid*, II, p. 173.
35. *Ibid*, II, p. 175.